



PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

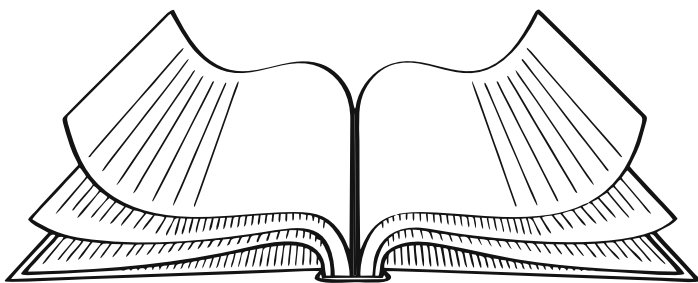
ABRIL-MAYO
2018



POR ESCRITO

ANO III
No. 13

No. 13



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Desde el tren	7
Yamil Narchi Sadek	
Poema	8
Yamil Narchi Sadek	
Las sales	9
Alberto Ibarrola Oyón	
Para colmo	11
Enrique Héctor González	
Nocturno	16
Samantha Mañón Estrada	
Apesta a carne cebada	17
Viktor Ortega	
Originalmente	18
Viktor Ortega	
Docena de silencio	20
Juan Carlos Salvia	
Praga	23
Graciela Bellon	

FIRMAS

Apología.....	24
Andrea Fischer	
La traición	26
María Elena Sarmiento	
Renovación.....	29
Virginia Meade	
Trece	30
Cecilia Durán Mena	

IMAGINARIO 33

PERSPECTIVAS

La Genara	36
Eve Gil	

VOCES

Certamen de infamias	40
Antonio Carrillo Cerda	

Sardinas no, anchoas sí	43
Isabel Hernández	

Detrás de la fuente.....	46
Mario Antonio Mendo	

Padres ejemplares	49
Etienne Fajardo	

El centro de acopio	52
Carlos Azar Manzur	

CONVERSACIONES

Una plática con Susana Corcuera	58
Cecilia Durán Mena	

HABLANDO POR ESCRITO

Creemos en el poder de la palabra. El equipo que integra este proyecto confía ciegamente en la potestad de las letras. Estamos ciertos de que vivimos en un mundo en el que la habilidad para contar una historia, para generar una imagen, es el peso que mueve al fiel de la balanza entre la gloria y nuestro propio infierno.

Por eso nos cuestionamos qué es exactamente lo que refleja un texto, qué hay detrás de un poema, cómo se cocina un cuento, qué nos revela una conversación. Conocemos los elementos con los que contamos para armar un texto. Jugamos con la voz, con los arcos narrativos, nos aventuramos con alguna anécdota sorprendente y permitimos que el lector experimente una que otra vuelta de tuerca.

Creamos.

Buscamos cómplices.

Sin esa complicidad, la creación se vuelve una colección de palabras que se guardan en un cajón o en un archivo electrónico. Son hojas en blanco a las que no se les permitió que les crecieran alas.

Lo que contamos está forjado de momentos simples, tal vez hasta ordinarios. Nos fijamos en detalles que a otros les pasarían desapercibidos y nos detenemos a contemplar aquello que la mayoría podría desechar. Pero que, por alguna extraña razón, a nosotros se nos ilumina un reflector que jala nuestra atención y ahí nos quedamos, contemplando esos eventos que se despliegan frente a nosotros. Nos dejamos atrapar o somos nosotros mismos los que vamos a la caza de esos motivos narrativos.

Usamos la palabra para completar el mundo y para complementar nuestro entorno. Lo que pasa es que nos fascina la posibilidad de contar. Al narrar entramos en un cauce que nos lleva a enfrentar el desconcierto del universo —incluso si el texto es caótico—. Los textos con su flujo nos toma de la mano, a los lectores y a los que los escribimos, para introducirnos a un sentido que nos reta a encontrar expresión, forma y con suerte, arte.

Por fortuna, escribir y leer no son sistemas cerrados. Queda una abertura por la que discurren todo tipo de ideas, imágenes, fantasías. Nos subimos a los lomos del lenguaje que nos lleva a transitar, como lo dice Michel Foucault, en *Las palabras y las cosas*: “a un sistema invisible que hace las cosas visibles” (Foucault, 2010, p. 45). Entonces creamos una afinidad imprevista, que hubiera permanecido en las sombras si no existiera este pretexto que nos lleva a encontrarnos.

Entramos a un microcosmos. Escuchamos un murmullo insistente de semejanza entre lo que se escribió y lo que se está leyendo. Acudimos a nuestros recursos para encontrarnos en el punto medio. Brincamos a un remolino en el que las ideas de dos mentes diferentes, distantes, se revuelven para forjar una misma figura. Es la fantasía y la imaginación las que posibilitan ese encuentro. Esa reunión será una transparencia perfecta de la representación de ideas que salieron de las letras que las forman.

Traspasamos los reflejos del espejo.

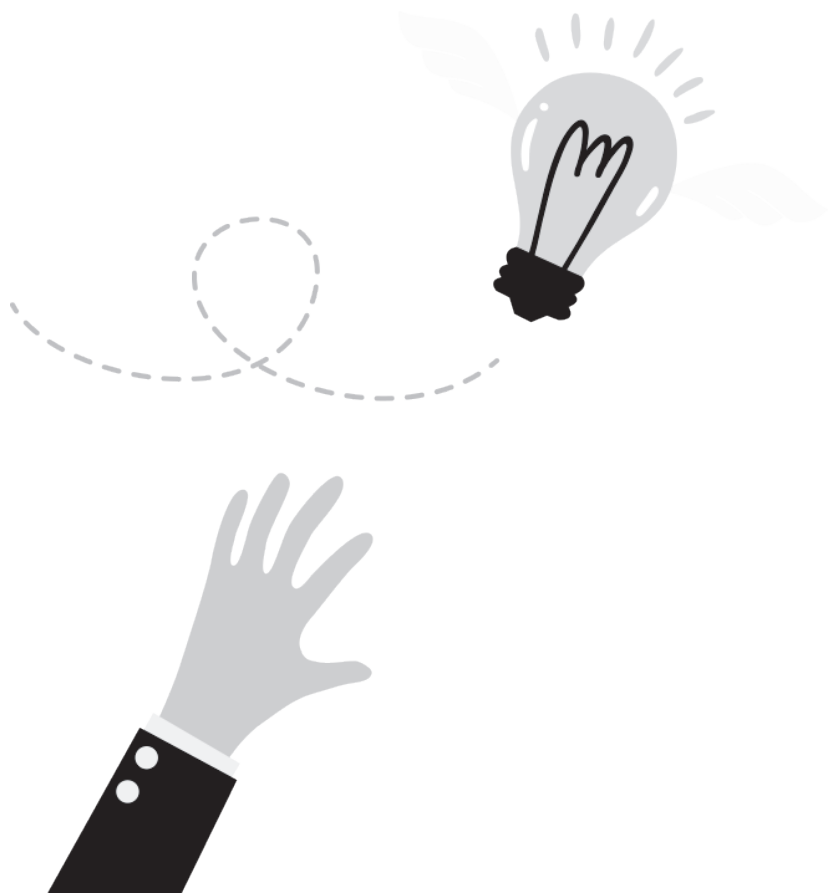
La maravilla de la palabra escrita es que incorpora una invitación permanente, puedes acudir a la lectura cada vez que quieras. Las puertas están abiertas y no hay límites de horarios ni fronteras que evitan pasar.

Esto es lo que un texto puede hacer: revelar la complejidad de la vida diaria o la simpleza de los embrollos humanos; la facilidad con la que comienza un malentendido y la felicidad que existe cuando comprendemos algo; convertir algo invisible en

tangible, revelar el olor de la corteza del pan y la emoción de olfatear algo que no tenemos a la mano.

En ese afán, Pretextos literarios por escrito sigue buscando atrapar lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes el auspicioso número 13.

La editora general



DESDE EL TREN

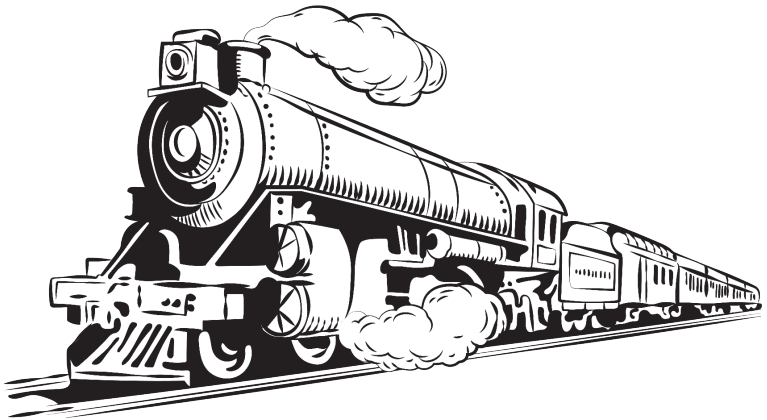
Yamil Narchi Sadek

¡Poesía!
¡Sobre las vías!

Y la ventana
con él.

Haya
en la transparencia
¡palabras!
Carne a los ojos,
¡carnadas!

Los despojos
en su regazo
sobre el papel.





POEMA

Yamil Narchi Sadek

Las figuras espontáneas que hace el hielo:
estalactita de tus ojos,
cuarzo demente
— despeinado
franco —
de presenciarte...

y el tiempo:
un cubo perfecto
derritiéndose al sol.



LAS SALES

Alberto Ibarrola Oyón

Profundizando en el salado misterio marítimo,
recordé las pasadas epopeyas de los ahora lascivos
faunos que olvidaron los prados, las flautas y los amores
para adentrarse arbitraria e injustamente en marejadas
de mezquinos por fingidos remordimientos y penitencias
tan inapropiadas y tan ajenas como los cilicios
de una santa endemoniadamente enloquecida.
Recordé las ásperas y humillantes claudicaciones
de aquellos que pretendían navegar hacia el infinito,
hacia un horizonte de certezas que no existe,
pero en cuyo tránsito sembraron la semilla
de las rosas que gritan a pulmón partido,
de las prodigiosas y misericordiosas libertades
de una vida no sujeta a las cadenas de Baal.
Observando las mareas desde la orilla,
reposando en la cálida, ardiente arena,
recordé navíos que atravesaban los confines,
que anhelaban un mundo de valor y de justicia,
pero que claudicaron derrotados y prisioneros de las sales.

La mar ha dejado de ser el romántico albergue
de los espíritus valerosos y apasionados.
Sus tesoros han comprado los brazos que remaban sudorosos,
el sonido vacuo de sus perlas enfebrecidas
ha silenciado los ecos de las risas de los marineros.

No he de adentrarme ahora en el océano tempestuoso,
las negras sombras de su superficie horadada
no seducen al espíritu anhelante de tiernas caricias.
Mar, ¿por qué mencionas mi nombre?
Escucho el cántico fatídico de tus sirenas
y siento embaucado que mi vida se malogra lejos de ti.
Me llamas, y me alejas de lo que quise ser,

me alejaste de la mujer que me amaba.
Me llama, pero ahora mis oídos no escuchan.
Con el corazón destrozado, vagaré por áridas tierras
como un mendigo orgulloso de su soledad.

Anduve por sendas de fe, esperanza y caridad,
y al retornar a la costa de mis años infantiles,
cuando más temía el rugido de las olas
contra el fatídico devenir de mis días solitarios,
comprendí gustosamente que el mar no me hablaba,
que no habla a nadie y que lo había idolatrado.



PARA COLMO

Enrique H3ctor Gonz3lez

1 PARA COLMO

Un hombre se acerca,
pasa de lado,
algo masculla entre dientes.
¿Te estar3 ligando acaso?
Todo puede ser.
Pero t3 llegaste al bar con ganas
de borrarlo todo.
No ir3s ahora a asediarlo, ¿o s3?
Adem3s nunca se sabe,
igual se tropez3 contigo
y su frase fue solo una disculpa.
¿Y si s3?
No mames, ¿de cu3ndo ac3
la peda te espesa
el entendimiento?
Recapitulemos un poco: tu novio
te dej3 por otro, te acabas
de enterar de que est3s
embarazada y tu jefe
se hace el occiso.
Para colmo, tu hermana
te pidi3 tres mil pesos en aras
de completar para su cuarto aborto.
¿Se puede ser feliz mientras tanto?
¿Hay lugar para un caldo
sin orillas?
Y sin embargo uno siempre
puede darse chance, ¿o no?
La piel pide lo suyo.
¿Le hago iris al pendejo ese o qu3 pedo?

Nada que ver, resultó
que era gay o una suerte
de puto trashumante.
¿Qué otra cosa se podía esperar
de un tipo que te mira y se demora
más de la cuenta
en la bragueta del mesero?
En fin, vaya y pase,
qué madre, una venía
a relajarse. Ni tu novio
va a volver al buen camino
ni tu vientre va a parir
ni tus ojos a mirar
más allá de ti misma, porque
la vida se deshoja a veces
sin que podamos detenerla,
y nadie va a decirte cómo
chingaos se liga a las tres de la mañana
cuando tus palabras se enredan y la luna
se diluye en el cielo
como una pastilla de semen fermentado.

2

En qué cabeza cabe
que una mesa de mujeres solas
es ocasión de turbias amistades
y labios por venir y digitales
abrazos más allá de la espalda.
Solo un mal pensado como tú
tiembla en la sombra
al suponer entre ellas
lazos que rebasen
la etílica amistad, la dicha ciega
de beber entre amigas solamente.
¿Quién devendría tan tonto,
tan distraído,

para endilgarle al asunto
sombras de lunas invisibles?
Las chicas están bebiendo, es cierto,
más de la cuenta;
las caricias que escurren de sus dedos
van a dar, si así lo quieres,
a lugares en tus tiempos reservados
a desplantes de la avidez;
pero hoy en día, no mames,
valen madre tus ficciones morbosas.

Y sin embargo al rato hubo lenguas
devorando clítoris y nalgas
al aire y dedos
dentro de huecos y ranuras
enardecidas por el alcohol
y mi amiga ya no dijo nada:
se fue con una de esas
putas baño adentro
y yo me llevé al cuarto del hotel
una llave que estalló
llena de llamas.

3

Una mujer sin cejas
es lo peor que puede pasarte.
¿Te imaginas besándole las ingles
y luego el rostro
(tu lengua padecerá la acetona
de la pintura barata)
y nuevamente la entrepierna,
más tarde,
donde habrá que escoger entre lamer
su humedad oxidada o delectar
la espuma negra
de ese bilé barato?

Porque una mujer sin cejas
 usa de seguro perfumes desquiciantes
 y no será fácil deshacerte de sus palabras,
 que suele pronunciar con énfasis
 y sin ningún decoro
 entre tus labios:
 chasquidos de escamas carcomidas.

Luego del encuentro
 suele volver a pintarse
 y su disecada fe en que coge
 a las mil maravillas
 la hará taladrarte en el oído
 mil prebendas
 espantosas.
 Porque la mujer sin cejas
 nunca ceja de aconsejarte.
 Es peor que tu consorte,
 esconde lienzos de hulespuma entre las piernas,
 escarba imágenes despiadadas
 en el estiércol de su espíritu lampiño.

No la prefieras.

4 SÚPLICA HEPTASILÁBICA

Sin duda si dejara
 de rascarme el terruño,
 la púa de mi entrepierna
 cesaría de sangrar
 como serpiente absurda.
 Pero no puedo, no,
 no puedo deshacerme
 de tan cordial costumbre.
 Deberé entonces darme
 a la tarea insensata

de sumergir la mano
 en la modesta alfombra
 de tu mendaz, parlera
 raja de vez en cuando.
 Por favor, permítemelo.
 No sea que se me caiga
 de tanto darle al gusto.
 Por caridad sexual,
 deja ya de una vez
 de hacer la remolona
 y abre tu crisantemo
 como si fuera el día,
 como si fuera el último
 manojo de lechugas
 en el mercado idiota
 de la urgencia inguinal.
 Deja que te lo mame
 sin piedad y que arrime
 el infame animal
 que me agota a tu gruta.
 Siéntelo descansar
 entre tus labios lábiles.
 Cuando se recupere
 lo sacaré en el acto,
 y entonces sentirás
 lo que es amar a Dios
 en nación de aborígenes,
 pinche puta apretada.



Paúl Núñez

NOCTURNO

Samantha Mañón Estrada

Pierde tu mirada en la noche...
interminable oscuridad,
intenta distinguir el horizonte
entre el mar y el infinito.
La noche es para los soñadores,
los artistas y los enamorados.
Es aquella silenciosa espectadora de bellas historias,
la que turna su existencia entre hemisferios y,
a veces, aquella que deseas no se presente,
tan solo para que la tarde nunca muera.
La noche es evidente contraparte,
misterio y magia,
terror y desconcierto,
las altas horas todo lo pueden.
Dadivosa por naturaleza,
nos procura diamantes diminutos,
iridiscentes e invaluables,
nos obsequia una hermosa perla cambiante,
inmensa y embelesada inspiración.
Suave velo,
rutinario espectáculo,
dichosos ojos que puedan hacerle justicia.
Vive la noche,
como tú quieras pero vívela,
sea alborozo o sosiego,
sea ocio o placer,
disfruta de la penumbra,
porque sin ella no tendríamos luna.
El insomnio tiene ventajas:
erguido en la arena
contempla las olas a medianoche.



APESTAS A CARNE CEBADA

Viktor Ortega

Apestras a carne cebada
a puesta de sol en medio del trueno
a cloro en los nudillos
y aun así te bebo
y te salivo y me estremezco
con toda tu piel en mi cerebro
con ese andar de poeta en celo
con esa pose de comal sobre el infierno
con ese aire de portento
con palabras de intestino
y te enriqueces y mi alabanza
es un tufillo a leña ardiendo
que te abraza y te penetra
y te penetra como un Fa menor
como un crujir de hierba seca
como una lengua
como un lamento
tan sabroso como el mar sediento
sediento de tu carne y tus recuerdos
sediento como yo
de tus calzones
de tu textura y tu cabello
de esas ideas que tanto anhelo
porque eres tierra viva
y eres agua hirviendo
que me pudre desde el núcleo
y descompone mi silencio
y termino apestando a ti y tú a mi sexo
esa carne muda
con que vivo que te quiero

ORIGINALMENTE

Viktor Ortega

mis dos senos eran manos
que atravesaban una piel
que no pensaba en otras manos.
Sólo alas me crecían.
Luego vinieron los sudores
las lluvias matinales
con sus himnos y sus hordas
que no hacían otra cosa
que distraer mis bocas.
Sólo babas me cubrían.
Todo era palmas y rocío
hermanando los sentidos.
Después el tiempo quiso
que mis piernas no fueran mías
ni mis labios, ni los dedos
ni la culpa en mi intestino.
Sólo infiernos me corrían por las venas,
sólo vino en mis oídos,
a veces humo me subía,
pero nada de esto era mío.
Solamente había sonidos
despoblando piel y tierra
y poblando mis sentidos.
Y yo sin darme cuenta
se cimbraban a mi ombligo
como caballos o montañas
o la paz de cuando niño.
Sal y mar me consolaban. Nada más.
Luego entonces hubo frío
azul y vivo como carne roja,
hubo sombras y amoríos

y asaltos y victorias
y jadeos perversos que sólo yo atendía.
Y sólo entonces renacía.
Pero todo fue por vanagloria
pues vendría otra boca con su lengua
a ocupar la boca de mi boca
y llenar de vida mi entrepie.

SALUDANDO DE MANO
A LA LOCURA



DOCENA DE SILENCIO

Juan Carlos Salvia

*¿De qué perdida claridad venimos?
Blanca Varela*

1.
Denme un puño de silencio
que les sobre.

Les devolveré a cambio
la poesía que nadie quiso.

2.
Venimos del silencio
y a él retornaremos
inexorablemente.

Dejando sólo un rastro
de música o de ruido.

3.
Mientras nuestros silencios
callen algo,
serán nuestras palabras
las que lo disimulen.

4.

*Ahí está, todo a mi alrededor;
preñado y silencioso.
Juan Antonio Marín*

No es lo que callamos
el silencio:
esa fosa común de las palabras
muertas que nadie se adjudica.

Es el alumbramiento de lo vivo
que no solemos escuchar.

5.
No le importa al silencio
que lo atendamos o no.

Acudirá sonriente
a nuestro funeral,
con nada por decir.

6.
Lo dicho entre nosotros,
mal que bien,
espera por la hora
de entrar en su silencio.

Donde ya nadie pueda
desdecirlo.

7.
La mente en libertad,
la raíz de la música,
el paso de la luz,
son silenciosos.

Como seguros de ser.

8.
Rompimos el silencio.

Y sólo por la voz
que habita en el poema
nos puedo perdonar
un crimen semejante.

9.
Nos llegará la hora de callar.

Más nos valdría,
para entonces,
tener bien merecido ese silencio.

10.
No podemos vivir,
o eso aprendimos,
en perpetuo silencio.

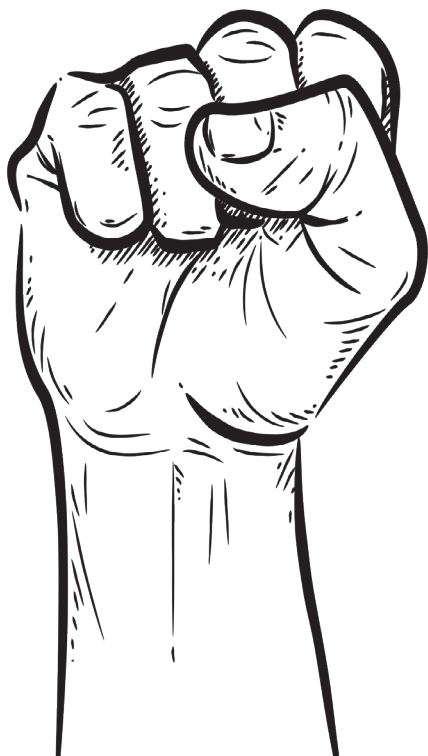
Y todavía ignoramos
si abordo del lenguaje
llegaremos a hablar.

11.
Lo único que quise
con mi canto
fue evocar su presencia.

Si aun así lo traicioné,
que el silencio me condene.

12.
Por la forma en que calla,
tenemos la impresión
de que es algo muy serio.

Pero creo que en el fondo,
al igual que la muerte,
el silencio sonrío.



PRAGA

Graciela Bellon

Él y yo,
inmersos,
por calles como acertijos
y edificios y casas
como retruécanos
escupidos por el viento,
Prach, Prach
y la luz...

Él y yo,
el mundo se detiene,
y los cuervos graznan
como Poe, como si Edgar Allan
estuviera aquí,
y tiñen el aire tornasol,
y las campanas en lo alto
de las iglesias
les hacen eco
y doblan, doblan,
rezumando siglos,
Prach, Prach,
y la luz...

Del otro lado,
sobre el puente,
él y yo,
despacio,
solos sobre el río,
un castillo acecha el horizonte,
lo dibuja,
como si Kafka y sus procesos,
un laberinto de umbrales,
uno tras otro,

como si un canon
de cuerdas y de alientos
al infinito,
Prach, Prach,
y la luz.
Todo es tiempo aquí,
nuestros pasos
desandando el puente,
las estatuas,
él y yo,
y Praga,
y esta luz que somos
en esta eternidad sin mácula,
porque la luz aquí
viene de los siglos,
del río,
de los umbrales,
Prach, Prach.



APOLOGÍA

Andrea Fischer

Hola, soy tu estómago. Sí, yo sé que siempre hago mucho ruido. Sí, sé que puedo ser muy molesto a veces, pero ahora te conviene. Ahí está el imbécil que te gusta. Ése que te dice que es músico y poeta. Siendo sinceros, jamás has leído nada suyo, y cada que está frente al piano le duelen las manos. Si lo miras bien, todas las vergüenzas que te he hecho pasar no han sido en vano: ese idiota no vale la pena si se escandaliza cuando te suenan las tripas. Por favor no me eches la culpa. Yo sólo recibo órdenes, ambos sabemos que los verdaderos responsables están en el piso de arriba. Uno responde y ya está. Si te soy honesto, nunca han existido las mariposas, o nunca las he visto: lo único que sé es que cuando te volteas a ver me cae un influjo innecesario de sustancias, y maldita sea la oxitocina. Lo peor es que sí le haces caso. Y me molesta, porque claramente el tipo ni te volteas a ver. Date cuenta. Sólo te saluda cuando no trae las copias, pero ahí estás con la sonrisa de retrasada. Mínimo cierra la boca cuando estén juntos, por Dios. Acaban las clases y ni siquiera te tomas la molestia de ir al baño. ¿Nadie nunca te dijo que aguantarse es malo? Tengo menos espacio para estirarme, y mira nomás, ya te subiste al coche. Al tráfico. Perfecto. Otra hora y media de estar apretado, y encima con el cinturón que no te sabes acomodar bien. Y todo el camino vas pensando en este pendejo. Que si te pidió la pluma, que si no se despidió al terminar la hora, que si no sé qué tanta tontería. Lo mejor es que llegas a la casa y me maldices a mí por toda la confusión que te genera el hipotálamo, y es triste. Tristísimo, porque qué culpa tengo yo. Por favor no vayas a volver a darle un llegue al carro. Ya van dos, y nomás falta que Don Angustias se dé cuenta para que te haga pagar la pintura. Y tendría razón en hacerlo: al final, el carro no es tuyo. Por cierto, ya va siendo hora de cenar, y sí, voy a hacer más ruido todavía. Hasta que te pares. Es tarde y hace hambre. A ver a qué

hora dejas de ver su perfil de Facebook y te pones a trabajar en las cosas que realmente importan, como el pan de plátano que dejó la señora en el microondas. No importa que le guste más a tu hermano. Me lo merezco más yo. Ya son muchas las tardes de gastritis por Economía, y total, sabemos que puedes dar la materia por perdida. Seamos realistas. ¿Y ahora por qué te echas en el sillón de la sala? Sabes que a la señora no le gusta que subas las patotas a la mesa... ¿Qué? ¿Qué haces? No te duermas. No apagues la luz. Las dietas no funcionan así. ¡Te estoy hablando, mujer! ¡Ni siquiera es tan tarde! ¡Despierta, idiota! ¡Despierta! ¡Despierta...!



LA TRAICIÓN

María Elena Sarmiento

Gatricia Putiérrez era mi amiga cuando estudiábamos en la universidad. Bueno, en realidad no se llamaba así, pero ya me darás la razón para decirle de esa forma; no nos adelantemos.

Era la típica niñita bien portada que hacía las tareas y atendía a lo que los profesores decían, pero no tenía forma de compararse conmigo. Yo era, indiscutiblemente, la reina de las nerds.

Siempre me ha gustado estudiar y, de alguna forma, la vida me programó para sacarme estrellitas. Es cierto que casi nunca faltaba a clase, que ponía atención y que hacía las tareas, pero no todo el mérito de mi fama de cerebritito era mío. La verdad es que venía de una excelente escuela y estaba muy bien preparada. Por eso, Gaticia casi todos los días comparaba su tarea con la mía y cambiaba, en la medida de lo posible, sus resultados porque sabía que era muy probable que los míos estuvieran mejor.

Sabía que no contaba conmigo en los descansos ni en las horas ahorcadas porque yo corría al salir de clases para encontrarme con mi novio en la cafetería para jugar dominó. Si el estudio me gustaba, Gregory era mi verdadera pasión.

Gaty me hablaba cuando ya estaba yo en mi casa y ahí sí podía dedicarle tiempo a explicarle qué había que hacer, cómo y, en muchos casos, resolverle la tarea por teléfono.

Un día de vacaciones, así sin más, Gregory me dijo que yo era mucho para él y que mejor me dejaba seguir con mi vida sola porque no me merecía. Es un golpe que no vi venir y me tomó desprevenida. No entendía qué pasaba y no podía dejar de llorar. Ya tenía mi vestido comprado para la boda del gran amigo de mi

novio que se casaba al día siguiente, ya había hecho cita en el salón de belleza, ya había hecho planes con mi príncipe azul para el resto de mi vida.

A los pocos días, vi la foto en el periódico. Gregory abrazaba a Gatricia muy maquilladita y vestida de gala. ¿Cómo podía ser?

Quise morirme. Imaginé mil formas de vengarme, entre ellas, iba a hablarles a las demás amigas para platicarles lo que la muy sinvergüenza había hecho, iba a escribir en el baño de hombres: Gatricia Putiérrez y su teléfono. Le iba a agregar en letras más pequeñas: en grupos, hago descuentos. Al final de cuentas, me quedé encerrada en casa con mi coraje y el castigo a la dizque buena niña por romper el código ético entre amigas quedó sólo en mi mente.

Al paso de los años, yo tuve otros novios, me casé, hice mi vida lejos de los compañeros de estudio, pero el Facebook, que a todos conecta, hizo que una gran amiga de la famosa Gatricia me contactara. A pesar del tiempo que había pasado desde entonces, yo no quería ni hablar con ella. En la foto de mis pesadillas, aparecían dos parejas: ella y su novio y Gaty y Gregory. Por supuesto que mis odios también recaían en ella aunque sólo fuera el acompañamiento para la alta traición, pero los años de amistad pudieron más que los rencores y al fin nos vimos para desayunar.

Ella seguía siendo tan agradable como la recordaba y el platicar de viejos tiempos nos hizo vernos varias veces. Fue hasta la quinta o sexta cuando salió el tema de la Putiérrez.

—¿Cómo? —me dijo mi amiga extrañada cuando le reclamé la traición— Si ella era una niña tan cuidada que no la dejaban salir con cualquiera. Gregory tuvo que visitarla todo un mes antes de que el papá de Paty les diera permiso de ir a la boda.

¡El traidor había sido él! A pesar de que ya había transcurrido una vida desde aquel evento, yo sentí una patada en el estómago. Mis odios estaban mal encaminados. Tenía que borrar el recuerdo del príncipe ideal que había quedado grabado en mi memoria. Era cierto: él era más de culpar, pero de alguna forma, no puedo quitar a Gatricia del banquillo de los acusados. Estoy segura de que en la tabla de Moisés, en algún lado debe haber estado escrito: no saldrás con el novio de una amiga.



Paúl Núñez



RENOVACIÓN

Virginia Meade

Los árboles desnudos crecieron tan cerca que desdibujaron su identidad, algunos de los brazos están entrelazados como hermanos, pero las ramas superiores decidieron ser diferentes: enhiestas dirigen una plegaria al cielo.

Las pocas hojas amarillas de bordes oxidados que penden de las raquícticas ramas son como banderas de un ejército vencido, han sido abandonadas en el campo de batalla y están pagando el precio antes de caer y desintegrarse en el suelo terroso.

Los árboles fueron castigados por el temporal y ahora durante el invierno, se encogen protegiéndose con pudor. En un tímido intento de modestia permitieron que el musgo y el líquen invadieran sus cuerpos oscuros. Las cortezas parecen desmoronarse.

Salgo del auto; bajo mis zapatos, crujen las hojas y chirrían las piedras. Al llegar a la arboleda, sobre el suelo duro que hace daño, yacen los restos impuros de las ramas, están cubiertas por las hojas secas. Ahí donde pareciera que todo terminó, los insectos trabajan incesantes y los hierbajos se defienden; éstos carecen de forma, se contentan con crecer, empujan los obstáculos de tierra y piedras. Con un suspiro obsceno, salen victoriosos para conocer al sol.

El cielo se vestirá de gris nublado por unos días más. Paciencia, paciencia. Un poco de luz esperanzadora nos animará, luego vendrá el calor y las nubes aparecerán como brochazos violetas y rosados. El Ajusco se vestirá de blanco y lucirá sus aristas de diamante como un rey sobre todos nosotros. Muchos días, presumirá una corte de nubes estiradas, enloquecidas por el viento de febrero que terminará de desvestir árboles y montes. Filas y filas de árboles con sus olores de humedad nos avisarán que otro ciclo empieza. El sol cegará nuestra soberbia mañanera. Nosotros, si queremos, venceremos nuestra negligencia y hastío.



TRECE

Cecilia Durán Mena

No puedo conciliar el sueño, siempre sucede igual. Trato de perderme en la oscuridad de la habitación. No puedo. Cuento borreguitos. Llego hasta el trece. Me distraigo. Vuelvo a empezar. Los borreguitos brincan la cerca. Ahora todos tienen dibujado un número trece. Se evaporan. Las noches antes de un viaje de trabajo son siempre así. Desde que el chico de la mensajería me entregó el boleto de tren en un sobre cerrado, no puedo pensar más que en el trece. Tomé el abrecartas. Rasgué el papel. No es un viaje que me haga ilusión, todo lo contrario, será una paliza de esas a las que ya no quiero someterme. Pero lo volví a hacer. Acepté sin pensar en las consecuencias. Estoy frustrada. Salida a primera hora, levantarme con anticipación después de una noche de mal dormir, asustada ante la posibilidad de quedarme dormida. Pero, no había de otra. Había aceptado, en medio de las vacaciones de verano, ir a la Universidad de Lyon a hablar de escritura creativa. Para no interrumpir demasiado el viaje familiar, planeé ir y venir el mismo día, mientras ellos se quedaban en París, disfrutando. Están enojados conmigo. Yo también lo estoy. Para colmo, me toca asignado el asiento número trece. ¡Qué pesadilla!

Una muchedumbre de voces se despierta en mi cabeza. Empieza el diálogo en el que debo permanecer callada si es que quiero escuchar algo. Mientras subo por una escalera eléctrica, hay una fila de personas que están bajando en la de al lado. Me miran con ojos enormes, con iris oscuros, enormes, en los que el color abarca todo, no hay nada blanco. Tienen las pupilas dilatadas. Los párpados parecen compuertas que se abren de derecha a izquierda varias veces por segundo. Van con carteles que me muestran. Hablan, pero no tienen boca. El trece es de mal augurio, todos lo saben, desde la antigüedad es así. No, no es así. Claro que es así. Filipo de Macedonia añadió una estatua a los doce dioses principales antes de salir en procesión y murió poco después en el teatro. Pues dirás lo que quieras, para Ovidio y para Platón el trece es el número de la superioridad. Estoy sudando. Me doy la vuelta. Oigo una respiración ruidosa. Es un ronquido.

Las voces callan por un instante, me dan tiempo de verificar que el billete corresponde a un vagón de primera clase, menos mal. Se los muestro triunfante. Miren, es un tren de alta velocidad y el desayuno está incluido. ¿Quién quiere desayunar a esa hora de la mañana? Tampoco creas que te van a dar gran cosa, me aclara una de las voces, considérate afortunada si te dan un cuernito y un café. Tal vez te puedan ofrecer un jugo. ¿Cómo va a ser afortunada si va en el número trece? Otra procesión de gente con carteles que llevan dibujado el número trece. ¿Sigues con eso? El trece no es de mala suerte. Desde luego, no hay razón, ni tampoco es que la Cábala mencione trece espíritus del mal, ¿verdad? Pues, a Ulises le funcionó, él era el decimotercero de su grupo y escapó del apetito devorador del Cíclope.

Llego al final de la escalera eléctrica. Al fondo hay un café de esos que venden bebidas calientes y frías de muchos sabores en tazas de papel. Hay una mesa rectangular en la que están sentadas doce personas. Van vestidos con una especie de hábito que tiene una capucha con picos y con hoyos en la nariz, en la boca y en los ojos. En el pecho llevan escrito el número trece. El lugar que está libre es el de la cabecera. Me ordenan que tome asiento. Obedezco. A Ulises le funcionó, repiten como si estuvieran diciendo un mantra. Todos se mueven de adelante hacia atrás, con ritmo idéntico. Paren ya. Callan.

Intervengo. Para los mayas el trece era una cifra sagrada. En el Popol-Vuh se cuentan trece dioses: el sol en el cenit y las doce estrellas que lo rodean. Es cierto, pero para los aztecas esa cifra misma de los tiempos que representa la liquidación de la serie temporal. Sí, tienes razón, pero el trece es la ligadura de los años por la duración de los soles, entonces, no representa terminar, más bien continuar. Yo digo que el trece representa la eterna subida de Sísifo empujando su roca cuesta arriba. Además, para los que creen en el Tarot, es la representación de la muerte.

¡Ay, basta ya! Yo no creo en el tarot. Más bien me imagino al número trece como un par de torres modernistas. ¿Torres, cómo la de Babel? Ándale, como la puerta del cielo que pretende restablecer el eje entre lo roto y lo que lleva al cielo. Para los chinos es la escalera de las influencias felices. Bueno, puede parecer también, algo así como un torbellino, una suerte de aire de movimiento helicoidal, pero de una evolución no controlada por

las fuerzas humanas, dirigida por poderes superiores que les da una intervención extraordinaria a las cosas.

El billete de tren con un número trece cambia el significado de todo. Un boleto de viaje significa que estamos a punto de recibir. No se puede evolucionar sin hacer sacrificios. Los doce que están a la mesa cambian de ropaje. Ahora están vestidos de rojo, con una túnica larga y llevan la cabeza rapada. Entre las cejas tienen un círculo rojo con el número trece escrito en tinta negra. Me muestran los vasos de papel que tienen enfrente. Están vacíos. Una voz electrónica, como la de Stephen Hawking empieza a hablar. Si quieres recibir, debes tener la copa vacía. Una mesera llega a servirme café, el líquido llega hasta los bordes, se derrama. ¿Qué hace? Mi vaso de papel se esfuma. En su lugar, aparece un vaso vacío del que florece el número trece en el fondo. Mis acompañantes sonrían. Todos sirven de sus tasas hasta que llenan la mía. Se desintegran. Me quedo sola. Aparecen trece rieles con trece trenes de alta velocidad que tienen trece vagones y en cada puerta está inscrito el número trece. Subo a buscar mi lugar, desde luego todos están marcados con el mismo número. No hay nadie. Recorro el pasillo. Reconozco mi lugar. En la mesita, hay un cuernito de jamón y queso, una taza de café y un jugo de naranja. Hay trece pliegos de papel en blanco.

Estoy frente a la hoja en blanco. En el título del texto dice trece. Un ronquido. Un ronquido muy fuerte. Despierto jadeando. ¡Dios mío! Dejar algo inconcluso antes de dormir no es buena idea. Menos si se trata de algo que vas a publicar en la edición del número trece. ¿Por qué hay trece flechas amarillas que me apuntan? Cada una de ellas tiene la misma inscripción. Abre las manos, es

tiempo de recibir. Obedece ya. La voz de Stephen Hawkins se parece a la de mi marido.

—Oye, despierta. Estás soñando. ¿Qué pasa?

Me mira como si estuviera loca. Busco mis cosas y me pongo a escribir. ¿Me pregunto qué significado tiene el número trece?





1. Los jardines del Templo. Paul Hudson



2. Punta Mita. El destino de un gran viaje. Paul Hudson.



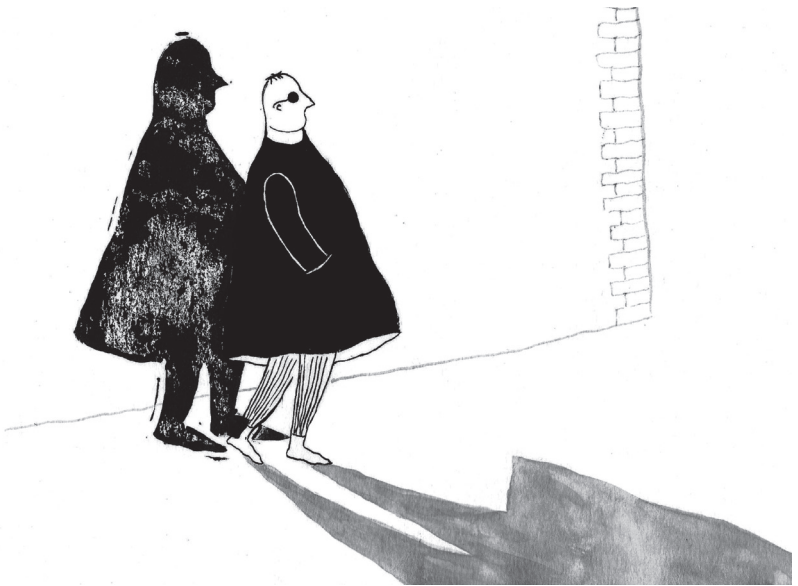
3. Sayulita. Pueblo Mágico. Paul Hudson.



4. Viejo Pueblo minero. Paul Hudson.



5. Tacos de canasta. Sharet Ubaldo



6. Hombre con sombras. Sharet Ubaldo

LA GENARA

Eve Gil

He perdido la cuenta del número de veces que he releído La Genara, y de las ocasiones que la he presentado y he escrito sobre ella y, más aún sobre su autora, Rosina Conde, y nunca, hasta la fecha, he reciclado algún antiguo texto para presentarla de nuevo...y estoy segura de que esta no será la última. Experimento la necesidad de volver a escribir sobre La Genara tras cada relectura pues, aunque se supone que es exactamente la misma, siempre leo una Genara distinta, novedosa y más divertida, y no alcanzo a discernir si es la novela, o yo, o ambas, quienes hemos evolucionado. Lo que se mantiene inalterable es la sensación de acceder a un mundo que fue mío, o cuando menos se le parece mucho, porque en la década de los noventa las mujeres jóvenes de los estados fronterizos, particularmente las de clase media, parecían tener solo tres alternativas para complacer a sus familias: la ideal, por supuesto, era el matrimonio. Apenas lograr un reinado de belleza podía equipararse: era la realización de la Cenicienta porque una “miss” tenía pase garantizado para, mínimo, convertirse en primera dama de algún pueblito rascuache, quiero decir, antes de que los narcos usurparan el trono de príncipe azul que ostentaban los políticos. El camino menos deseable era ser empleada de maquiladora. Pero sin importar que el salario no bastara para pagar a satisfacción un trabajo tan arduo, existía la posibilidad de que un ingeniero, gringo de preferencia, se fijara en ti, y “te sacara de trabajar”.

Convertirte en profesionista, brillar por tu talento y tu inteligencia, no formaba parte de los ideales paterno-maternales para un “hija de familia”. Nunca me tocó ver a una coetánea que representara un orgullo para sus padres por aportar un título universitario, ni que se arrojaran casas por la ventana para festejar a una chica por convertirse en abogada, médica, agrónoma o literata (aunque a esto ni siquiera se le considerara “carrera”, sino un hobby snob. Se los digo por experiencia), las pachangas se reservaban para las vástagas que cumplían su sagrado deber de salir vestidas de blanco de su casa y consagrarse a su esposo e hijos, en ese orden. No extraña por tanto que tengan que pasar tantas cosas en La Genara, antes de enterarnos de que “la personaja” que da título a la obra es abogada titulada. Sus padres no hacen otra cosa que reclamarle su insistencia en divorciarse

de un marido infiel, para colmo involucrado con la mafia, aunque esto lo ignora Genara al principio... y cuando se descubre, la postura de los señores Martínez Luna no se altera un ápice: porfían en que ella ha realizado un juramento ante Dios y debe seguir a su hombre, como buena Adelita, en las buenas y en las malas.

Pero no nos apresuremos. Debí comenzar por exponer lo que La Genara representa para la literatura mexicana contemporánea, antes de abordar su contenido. Pocos saben que Rosina Conde es inauguradora de una tendencia sobre la que algunos han pretendido fundar un canon separado de la literatura mexicana, es decir, con base en criterios geográficos, lo cual resulta absurdo. Me refiero a la llamada “Literatura de la frontera norte”, pretensión que obedece, desde mi punto de vista, a una estrategia comercial, como en su momento lo fue la llamada “literatura femenina”. Soy contraria a todo aquello que tenga por finalidad de encajonar o dirigir las tendencias que deben seguir los escritores según descabellados parámetros impuestos por la crítica oficial y/o el mercado. Pero si diéramos por bueno que existe una literatura de la frontera norte, no cabe duda que se inauguraría con La Genara, primera novela mexicana que se arriesga a emplear el caló cotidiano de los estados fronterizos. Presenta, además, una serie de interesantes dicotomías que vale la pena destacar: por un lado, es la primera novela mexicana que se sirve de tecnologías entonces incipientes, como el correo electrónico, al tiempo que retoma la tradición perdida de las novelas por entregas, que consagró a autores como Balzac, Hugo, Dickens, entre muchos otros, publicándose cada domingo, entre enero y junio de 1992, en el suplemento Inventario de Diario 29, El Nacional de Tijuana. Rosina retoma asimismo el método de estos autores y redacta sus capítulos -cartas y mensajes en este caso-, con base en las reacciones de los lectores, predominantemente del sexo femenino. Según lo ha contado la propia autora, la mayoría de quienes seguían los pormenores de Genara y Luisa, hermana mayor de aquella, que escribe desde la Ciudad de México donde cursa una maestría, llegaron a creer que se trataba de personas reales, lo que incrementaba la sensación de asistir a un sabroso chisme, como con las novelas decimonónicas. Considero pertinente apuntar que casi al mismo tiempo se llevaba a cabo un experimento semejante en el suplemento Perfiles de El Imparcial de Sonora, que publicaba un capítulo semanal de la novela Los de Moisés, de Sonia Sotomayor

Petersson, extraordinaria narradora sonorensé que hasta la fecha no ha obtenido la atención que merece. Hasta donde sé, Rosina y Sonia fueron las últimas escritoras que escribían novelas por entregas para un periódico, con mucha mayor fortuna en el caso de Rosina. La Genara se publicó como libro hasta julio de 1998. Un año más tarde, otra magnífica escritora, Francesca Gargallo, puso en mis manos su ejemplar de La Genara diciéndome: “Es lo mejor que he leído desde Saramago”. Lo de Saramago se me olvidó apenas comencé a leerla, a bordo del metro de regreso a mi casa, y no fue posible parar hasta terminarla. No solo me sentí identificada con “las personajes”, Genara y Luisa, un poco más con Luisa, sino que además me fascinó el empleo del lenguaje que sin dejar de ser literario, es coloquial y regresa sobre sí mismo cuando Genara comenta las diferencias léxicas entre “el norteño tijuansé”, por así llamarlo, y el ultracorrectismo en el habla de los habitantes de la ciudad de México, jurando unos que son “los otros” quienes hablan “cantadito”.

A través de mis siguientes lecturas de La Genara fui descubriendo más vetas dignas de mención. Ignoro qué tan consciente era Rosina Conde, al momento de redactar las cartas, faxes y correos electrónicos (a los que todavía no se les llamaba e-mails), de que obtendría un producto final más que interesante. Sin importar que oscile entre Tijuana, la Ciudad de México, Cuernavaca y Jalisco, aunque el entorno tijuansé se impone a través de sus personajes, tijuanses todos, con excepción del casi mudo Fidel y de Elisa, se recurre a una tecnología sofisticada, en dramático contraste con los “preceptos porfirianos” (Genara dixit) que campea en esa misma sociedad. Por otra parte, sin importar su modernidad, también en lo relativo al empleo del lenguaje coloquial-regional, en mi más reciente relectura de La Genara encuentro un vínculo con las novelas de Jane Austen, en que la amistad entre mujeres, en especial hermanas o primas, era el eje de las historias, y no raras veces se recurre al intercambio de cartas o recados. Austen fue también pionera en muchas cosas, particularmente en tramas donde predomina lo que ahora se denomina “sororidad”, tan poco practicada en la vida real, tanto en la Inglaterra de principios del siglo XIX como en la pujante Tijuana de finales del XX. Y si bien los estudiosos de La Genara centran su interés en la relación entre las hermanas, hay un personaje memorable que aunque no forma parte del intercambio epistolar, es aludido con frecuencia por ellas: Ernestina, la viuda del

primo Federico, que resulta estar envuelto en asuntos turbios junto con Eduardo, esposo de Genara, y que tras abandonarlo, embarazada, luego de descubrir que mantiene lo que vulgarmente se conoce como “casa chica”, no tendrá empacho en hacerse cargo del bebé que su marido ha engendrado con la otra mujer.

La Genara, por supuesto, no es una novela canónica sino de culto. Quienes estudiamos literatura sabemos que son estas últimas las que conforman el Canon en serio, es decir: las que trascienden, las que parecen haber sido escritas para lectores del futuro o inconformes con las modas decretadas por los críticos afines al poder político del momento. Incontables son las obras que, habiendo sido “de culto” en su momento, es decir, leídas por un selecto grupo de lectores inconformes, como ya dije, ahora son indiscutibles obras maestras, como serían los casos de Orlando, de Virginia Woolf, El bosque de la noche, de Djuna Barnes o La amortajada de María Luisa Bombal, por citar solo tres.

Y no. No es casualidad que haya mencionado sólo novelas escritas por mujeres, aunque el tema de qué tanto influye el género de un autor al momento de su recepción por la crítica especializada, es tema para una ocasión menos festiva que la que ahora nos reúne.



Eduardo Caballero

CERTAMEN DE INFAMIAS

Antonio Carrillo Cerda

¿Acaso es más extraña esta fantasía que la predestinación del Islam que postula un dios, o que el libre albedrío, que nos da la terrible potestad de elegir el infierno?

El acto del libro, J. L. Borges

En el ignorado *Célebres discursos de asesinos seriales* de Ettore Malor se lee, (luego de la maldición de muerte y enfermedad que arrojó el psicópata Alí Johnson a sus captores aquella tarde de cielo azul), que como falso confesor Ettore tuvo oportunidad de escuchar de viva voz los pormenores de las abominables vidas de los prisioneros de la Serafina antes de que éstos enfrentaran el misericordioso destino de la silla eléctrica. Los detalles de aquellas confesiones no alcanzaron la publicación al ser extirpados como un cáncer del libro por orden expresa del consejo editorial que vio en ellos “una innecesaria afrenta a sus lectores”.

A su muerte, Ettore heredó a su única nieta amplios poderes sobre su obra intelectual y propiedades. En las blancas e inmaculadas manos de Gema Malor, la insustituible biblioteca del falso abogado encontró su destino final, cuando ésta giró instrucciones precisas, firmadas, selladas y ratificadas con huella digital, para que los materiales bibliográficos del anciano, quién la había enseñado a leer, fueran destinados prontamente al fuego, al considerarlos “un peligro moral para la gente de buen corazón y nobles costumbres”.

La heredera subastó la amplia casa del centro de la ciudad y de inmediato donó lo recaudado a la iglesia, que por aquellos años carecía de una digna pila bautismal. Luego de reducir los bienes de su ancestro a no más de cinco velices, vino a descubrir en el interior de un cartapacio de folios y documentos que la relación filial que la unía con su presunto abuelo era apócrifa, una mera simulación, lo que provocó en su pecho una prolongada

exhalación de alivio. Recién descubierta bastarda, por voluntad, se enclaustró para consagrar su vida al Señor. Nunca más el nombre de Gema Malor fue mencionado en sociedad sino para alabar su grandeza de espíritu y su ejemplaridad.

Las antigüedades del dudoso Ettore sirvieron de nido a ratas y polillas, por más de dos décadas estuvieron olvidadas entre los incontables cacharros de la beneficencia, hasta que la diligente caridad del hermano Daniele Serr dio con ellas aquel dieciséis de agosto, que se propuso vestir a lo limosneros con ropas decentes. Daniele bañó, vistió y repartió alimentos a los andrajosos hasta que el sol cayó como un plomo.

Aunque fiel a sus principios y leal en su servicio al Señor, Daniele no pudo resistir la tentación de leer, con secreta devoción, los documentos que encontró en el empolvado veliz marrón de broches de hierro. Tras sus faenas cristianas, dedicaba sus noches solitarias a la lectura del manuscrito original de Ettore, que extrañamente descubrió intacto. La ingenuidad y poca experiencia de espíritu del filántropo le permitieron disfrutar morbosamente las bajezas que los condenados narraron a su corrompida guía espiritual en las últimas y angustiantes horas de sus imperdonables vidas.

Si bien, de naturaleza intachable, Daniele experimentaba frecuentes culpas por los desenfadados placeres que le provocaba la lectura del manuscrito: sudores, temblores, escalofríos, fiebres, delirios... Pero al cabo de unos días logró compensar su vida altruista con sus lecturas deshonorosas. De día lavaba las llagas de los enfermos y por la noche, con el cerrojo puesto, disfrutaba con los tormentos que Bastian L. W. infligió a las cinco mujeres que tuvo cautivas en el sótano de su casa; con el sol en lo alto afeitaba la gruesa y mugrienta barba de los sin techo, mientras que en las horas del sueño se entusiasmaba con las descripciones puntualizadas que hizo el pelirrojo Colin Swartz a su confesor respecto a su venganza de amor: “la amé tanto, que hasta la vida de su perro me hostigaba”. Al servir los platos de aguada sopa a los famélicos hombres que llegaban al albergue recordaba los detalles espeluznantes de la cacería de niños que organizó Corey T. Linson y de cómo logró esconder los treinta cuerpecillos: “una

delicia, una delicia”. Las enfermizas acciones de los residentes de la Serafina alcanzaron, en momentos, extremos impensables que colmaban de una rara mezcla de terror y de frenesí la mente del virtuoso Daniele.

Transcurridas veintiuna perturbadoras noches de ardiente lectura, Daniele menguaba. La atención de su mente se apartó del compromiso con la humanidad, cabeceaba por la privación del sueño “hermano no olvide dar las gracias al Señor”; las delicadas manos de ángel que le caracterizaban encontraron la torpeza del temblor y *aquellos ojos insondables como la negra superficie de un pozo sin fondo* se enrojecieron diabólicamente.

Cuando el mamotreto se adelgazaba con la amenaza de un final, Daniele, atemorizado, repasaba lo ya leído con afán memorístico. No hubo desvelo en que dejara de lado agradecer a Dios por el olvido, consuelo del devoto lector.

Ya en las últimas páginas de los célebres discursos, en la seguridad de su habitación, envuelto en una meditación nocturna y atribulado por lo opuesto de su vigilia y de su insomnio, Daniele tomó entre sus manos el manuscrito, y de rodillas ante la imagen del Señor rezó, para que la omnipotente fuerza del Creador le arrancara de su interior el deseo animoso de la lectura de la reprobable obra de Ettore Malor. La apasionada oración se prolongó toda la noche.

Al día siguiente el padre Román visitó la celda del hermano de la caridad para recordarle que su café amargo se enfriaba. Encontró el catre tendido y la habitación vacía. Daniele se había ido. Sólo había dejado atrás su Biblia.



SARDINAS NO, ANCHOAS SÍ

Isabel Hernández

Oscar apagó la colilla del cigarrillo. Estaba sentado al lado de la ventana y miraba hacia afuera.

-Qué lluvia de mierda, che.

-Tomá -Martín le acercó una taza de café humeante.

-Gracias. ¿En qué ciudad del mundo llueve así? Sólo en ésta, y acá tuvimos que venir a parar nosotros.

-No te quejés, Oscar. ¿Quién te manda a salir a esta hora a mojarte como un boludo?

-Está bien, soy un boludo y me quejo, pero me apesta esta ciudad. Sufrís las cuatro estaciones en un día. Lo único lindo que tiene Quito son los volcanes. Hasta hace un rato por esta ventana se veía el Pichincha y ahora no se ve nada. ¡Putísima lluvia!

-Terminala, che. Lo único que falta es que vuelvas a romper las pelotas con las sierras de Córdoba, la carne, la bandera celeste y blanca, y la puta que la parió. Tomate el café, andate y dejame laburar.

Oscar miró comprensivo a Martín. La casa de su amigo era un albergue permanentemente abierto, pero tampoco era cuestión de abusar.

-En cuanto pare la lluvia me voy, te lo prometo -Oscar suspiró-. Pero es que no entiendo a este país, Martín. Hasta las cosas más lógicas acá son ilógicas. ¿Vos viste el quilombo de las anchoas? Estos ecuatorianos son locos. Tenían las mejores anchoas del mundo, vino no sé qué bolonqui de la corriente de Humboldt y se fueron todas las anchoas a la mierda y aparecieron las sardinas que son del sur. Cardúmenes y cardúmenes de sardinas. Cosa de locos.

-Como nosotros.

-¿Qué?

-Pensá un poco: las anchoas se fueron a exiliar hacia el norte y nosotros también. Somos como las sardinas. Tomátelo en joda, Oscar.

-¿Escuchaste? El timbre.

-Putá, otra cataplasma. ¡Yo tengo que laburar!

-Debe ser Julio que anda loco de alegría porque viene su vieja. Voy al baño, busco el paraguas y me voy.

Oscar cerró la puerta del baño y se miró en el espejo. Le hizo un guiño de desagrado al reflejo de su propia imagen, se lavó la cara y salió del baño, con el paraguas todavía goteando. Se encontró con Martín y Julio gritando en el living y no entendió nada.

-La puta madre que los parió, Julio –decía Martín- ¿cómo puede ser? Decime, ¿qué edad tiene tu vieja? Cómo pueden ser tan brutos estos milicos que los remilparió...

-¿Qué carajo pasó ahora? –preguntó Oscar, pero los otros dos no repararon en él.

-¿Cómo fue? –continuó Martín- ¿Quién te avisó?

-Qué sé yo –dijo Julio, angustiado.

-También vos, boludo –siguió Martín-, ¿cómo no preguntaste más?, ¿cómo se la llevaron a tu vieja?

-¡Qué sé yo! Pobre vieja, encima que no entiende nada de nada. Pero no es culpa mía... Anteanoche lo hablamos acá mismo: Mi mamá iba a traernos plata y las famosas anchoas... Hola, Oscar, no te había visto, perdoná. Vos también estabas, Oscar. Y también estaban los boludos de Mario y Alfredo.

-Ellos son ecuatorianos, Julio –intervino Oscar, que recién empezaba a comprender lo que estaba pasando-. ¡Qué pueden entender de los milicos argentinos!

-¿Cuándo te comunicaste por última vez? ¿Fue esa carta... vos qué le decías? –continuó Martín, persuasivo.

-Sí, bueno, lo de las anchoas –le respondió Julio que entraba a desesperarse y le costaba contenerse-. ¿A quién carajo se le ocurrió que se necesitaban anchoas?

-Para la Bagnacauda, bruto –intervino Oscar. Es algo de los italianos que tienen cardos, pero nosotros le metemos cualquier verdura a la olla y con esa crema con anchoas y ajos... ¡qué rica!...

¿Vos la comiste alguna vez?

-Sí la comí, sí –dijo Julio, al borde de las lágrimas.

-¡Qué rica!...-suspiró Oscar- ¿Y ahora? Si no viene tu vieja... ¡se cagó todo!

-No podía escribirle otra carta, no le iba a llegar, ya no había

tiempo –volvió a decir Julio.

-¿Le mandaste un telegrama? –intervino Oscar intuyendo algo-
¿No te acordaste de la intervención de los Correos?

-¿Qué tiene que ver.

-Pero decime exactamente: ¿qué le escribiste en el telegrama?
–insistió Oscar.

-Ya se lo dije a Martín cuando vos estabas en el baño: SARDINAS
NO STOP, ANCHOAS SÍ STOP, textualmente. ¡Cuántas veces
quieren que se los repita!

Los tres se miraron en silencio, seguían parados en medio del
living, serios, desconcertados.

-¿Dónde estará mi vieja? ¿La estarán interrogando? - Julio no
podía disimular su angustia.

-Sí, para que diga la clave –terció Oscar.

-¿Qué clave?

-¿Y si esos jodidos creen que es un telegrama en clave?

-¡Qué clave ni qué clave! –dijo Julio espantado-. Era la menor
cantidad de palabras, Oscar. Mirá si la vieja se venía con el
montonazo de latas de sardinas. ¡Encima ese puto telegrama me
salió como 20 sucses!

-Está bien, calmate –trató de aplacarlo Martín.

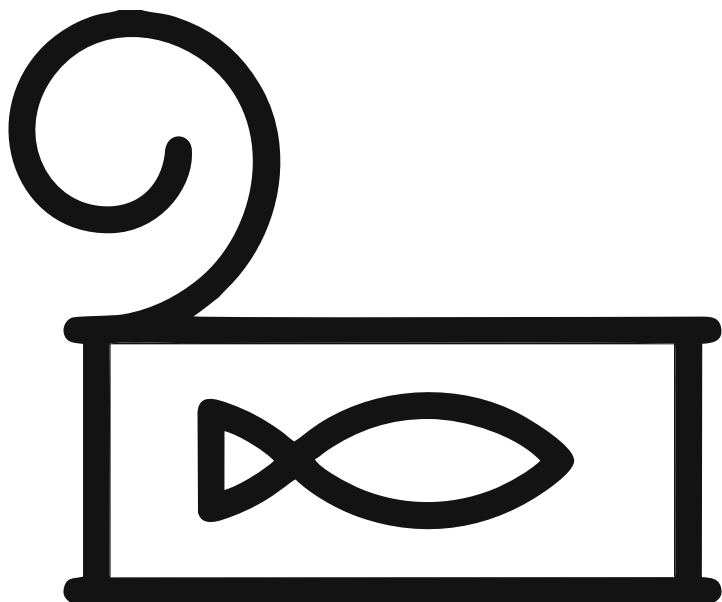
-¿Toda esta desgracia viene porque yo me equivoqué en la carta?
¡Le pedí sardinas! Qué idiota, si este país ahora está lleno de
sardinas –continuó agobiándose Julio.

-Parála che –intervino Oscar, todavía con el paraguas en la mano.

-Mi vieja está en cana, la deben estar reventando, no va a tomar el
avión mañana, no va a venir, no voy a verla, no va a traer nada, ni
guita, ni anchoas, ni sardinas, no va a haber fiesta...¿A qué hijo
de tano se le ocurrió lo de la bagnacauda? ¡Putísimo malparido
general Videla! Mi vieja, mi pobre vieja... ¡MAMÁ!

Aquel grito primario fue un lamento agudo que se fue convirtiendo
en estruendo. Arrasó con las lluvias de los trópicos, recorrió las
costas del Pacífico, hasta provocó el retorno de las anchoas y
el éxodo de las sardinas, atravesó las fronteras hacia el sur, se
instaló en las serranías cordobesas y llegó a los oídos de la madre
de Julio. Ella lo siguió escuchando durante muchas noches,

porque nunca volvió a recuperar su buen dormir. Así como tampoco recuperó las cuantiosas latas de sardinas que, junto a otras tantas cebollas frescas, hicieron la delicia de los oficiales del cuartel cuarenta de Alto Verde, ciudad de Córdoba, durante una cena memorable, por aquellos meses del año setenta y siete.



DETRÁS DE LA FUENTE

Mario Antonio Mendo

No le digo que no al tío Alberto, al contrario, si siempre está para abrazarme cuando más necesito que alguien lo haga, siempre escucha cuando le cuento lo que hago en la escuela y siempre me viene a ver para jugar. Cuando estamos juntos no deja de contagiarme su sonrisa de Chaplin. Se ha vuelto mi mejor amigo.

Cada que viene a visitarnos y se queda a dormir, jugamos bajo la sábana en mi cuarto. Me abraza y me besuquea la oreja porque sabe que me provoca muchas sensaciones, y es cuando me dice: “Manuelito, vamos a hacerlo”. El rostro se le pone colorado mientras me mira y me acaricia para dar paso a lo que él llama “calentar los cuerpos”. Al principio esto me daba penita, pero ahora no le digo que no al tío Alberto.

A diferencia de mi padre, al que odio tanto, mi tío me quiere y me lo demuestra cada que viene. Jugamos a armar y desarmar castillos, luego vamos a la mercería por algunos dulces y vemos películas mientras comemos. Cuando mi padre pelea con mi mamá en la habitación contigua, en la sala o en donde quiera que se les antoje, mi tío Alberto coloca sus manos en mis oídos, después me tranquiliza con unas cosquillas en el pie. “Te quiero tío, te quiero”, le digo. Luego él responde: “Cierra la puerta Manuelito, vamos a hacerlo”.

Cuando estoy en la escuela, estoy pensado en el tío Alberto. La maestra le dice a mamá que ando muy distraído que no presto atención en nada. ¡Que se lo diga tantas veces quiera!, al fin y al cabo mamá no tiene tiempo de regañarme. Luego de pasar por mí, se va a la estética y cuando vuelve, se va a casa de su mejor amiga. Papá viene entrada la noche y cuando no vuelve, es porque se ha quedado dormido en el bar de mi padrino. A mí me dejan en un lado u otro, si no es con una amiga, es con mi abuela; si no, es con Candy, la tía solterona. Aunque siempre les pido que me lleven con tío Alberto, se niegan porque dicen que vive muy lejos, además, el viene a visitarme los fines de semana.

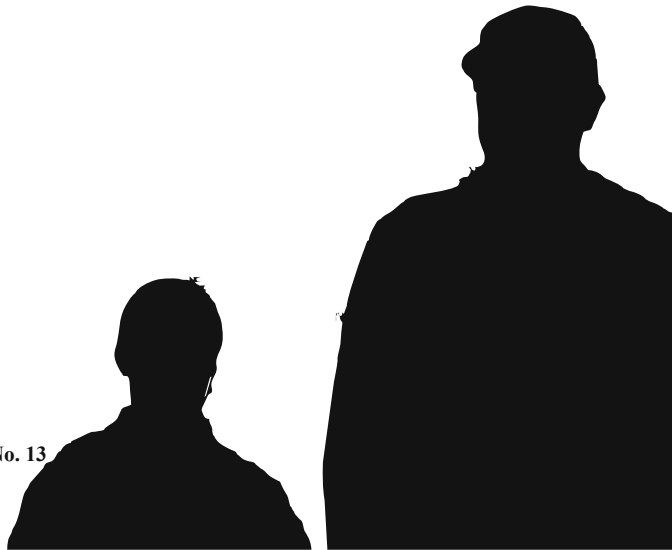
Cuando me estoy bañando pienso en tío Alberto. Mi padre pregunta por qué tardo mucho en el baño si yo estoy muy pequeño para hacer

indecencias, eso dice. Pero no hago nada; me gusta pasar el jabón por todo mi cuerpo imaginando que es la mano derecha de mi tío Alberto, por eso de vez en cuando no salgo pronto del baño, pero no hago indecencias.

Ayer por la tarde llegó mi tío. Corrí inmediatamente a abrazarlo y me encaramó en sus hombros. Me llevó a la habitación y luego que mis padres se fueron, dijo que quería que jugáramos cuerpos calientes en el patio trasero. No le dije que no a mi tío Alberto. Tan pronto se fue mamá y el rufián de mi padre, corrimos hacia la vieja fuente del patio. Tío Alberto se había quitado toda su ropa y me dijo que hiciera lo mismo. Luego usamos la manguera de mamá para bañarnos. Corríamos dando vueltas a la fuente vieja y cuando me alcanzaba me daba un beso en la mejilla, luego era mi turno alcanzarlo y hacer lo mismo.

Preparó bocadillos y me dio un licuado de fruta. Él se sirvió una copa del brandy que mi padre guarda en la alacena. Después de comer me dijo, “Manuelito, vamos a hacerlo detrás de la fuente”. No le dije que no. Me llevó a ella y estando yo hincado ante él, comenzó a cantar la ranita coja, después gritaba: “La crema de pato, Manuelito, la crema de pato”, repetía mientras se ponía colorado y jadeaba.

Hoy, se le ha pasado la borrachera a mi padre, se acerca al comedor donde mamá me ha dejado el desayuno del domingo y me pregunta “¿Por qué me miras así, Manuelito?”. “Porque pienso que quiero más a mi tío que a ti”, le respondo.



PADRES EJEMPLARES

Etienne Fajardo

Me tomo un whiskey con leche, sentado en la regadera. Salgo en toalla del baño porque alguien insiste en llamar. Desde que Lucía no está, contesto el teléfono siempre. Es Martínez. Tiene noticias. Le digo que hoy no tengo ganas:

— Es la neta, Roberto. No sé qué tan confiable sea pero igual hay algo. ¿Por qué no vas cuando menos a ver?

No tengo nada que perder así que me alisto. La última vez que me puse un traje fue en el funeral de la mamá de mi hija. Todavía lo tengo y tengo una corbata azul que no sé de dónde salió. Me visto para salir. Dice el contacto de Martínez que tengo que estar en el Auditorio de la Delegación a las doce y media, puntual, porque si se me hace tarde o se me hace temprano todo se puede ir a la mierda.

En la televisión hay escenas como ésta todo el tiempo. Gente que se reencuentra. Un par de discursos obligados y todos aplauden. Claro, los protagonistas lloran de felicidad. El canal les regala una casa para que vivan por siempre.

La reconocí desde que entré al auditorio. Me pregunto si esto es posible. Ver a una mujer a la que no has visto desde que aprendió a caminar y saber de quién se trata. Su nombre no era el mismo que su madre y yo le pusimos, pero es ella. Es Ximena. Aquí se llama Lorena.

Habla con soltura, como una profesional que hubiera dado discursos toda su vida. Sus compañeros la admiran, se puede ver en los tres que están junto a ella y que no dejan de sonreírle. Estoy repitiendo la escena de un sueño que vi un millón de veces. Mi hija se gradúa *suma cum laude*. Debo aplaudirle. Evidentemente llegué tarde a la ceremonia pero justo a tiempo de oír su discurso. ¿Por qué no hay nadie más para compartir mi orgullo? ¿Orgullo de qué? Me vuelvo a preguntar qué estoy haciendo aquí. ¿A quién se le ocurrió invitarme?

Las cosas no pasan por algo. Los demás dicen que sí. Lo dicen especialmente para no ser imprudentes cuando la situación los obliga a hablar del tema conmigo. Yo sé que no pasan por algo.

Pasan porque sí, porque así es y ya. Cuando era niño, por ejemplo, mi amigo Antonio me invitó a dormir a su casa y en medio de la noche sentí una nostalgia horrible. Abrí los ojos y me encontré en una habitación extraña con un olor que no reconocí. Me faltaba el aire y quise volver a casa. Mirándolo a distancia, el plan no era tan estúpido. El edificio de Antonio estaba a dos cuadras de donde vivíamos nosotros. Caminé en la oscuridad del cuarto tratando de orientarme con las manos. Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la falta de luz y fui distinguiendo puertas, pasillos, más puertas y escaleras. Logré respirar con tranquilidad cuando estuve en la calle. Un niño de seis años a las dos de la mañana cruzaba la avenida que separa una colonia de la otra. Creo que Vértiz, no lo sé. Había llegado al otro lado cuando oí mi nombre. Giré la cabeza y miré a la madre de Antonio corriendo tras de mí. Yo sí la vi; la camioneta que la atropelló, no. Fue la primera vez que estuve cerca de un cadáver. Dormí el resto de la noche en mi casa y no volví a saber más de Antonio ni de su familia. A los seis años fui culpable de homicidio imprudencial y eso no pasó por algo. Pasó porque sí.

Martínez es el tipo encargado de investigar el secuestro de Ximena. Hace muchos años que arrojó la toalla, pero no sabe que yo sé. Tiene lástima por el pobre que perdió a su niña y que gastó todo en encontrarla. Luego la madre que se volvió loca y terminó empastillándose sola en un motel de Garibaldi. No puedo evitar que me compadezca, y la verdad es que agradezco que una vez al mes me busque para tomarnos un café y hablar de los “avances del caso”. Él sabe que no le creo ni madres, pero de todas formas se ha mantenido cerca desde hace dieciséis años, básicamente para asegurarse de que no yo no siga los pasos de mi mujer.

Eventualmente hará una carrera, será famosa. La podré ver algún día en la tele dando las noticias, o hablando de una nueva cura contra algo, o una de esas cosas. No soy tan estúpido como para creer que si la veo la podré llamar. Soy tu papá. Te secuestraron cuando cumpliste dos añitos. Ven a vivir conmigo. No sé, pero me gustaría saber que estás bien. Los otros padres, los que no han perdido a sus hijas, no pueden dormir si ellas no han llegado a casa. No importa dónde estén, hasta que no oyen la puerta, los besuqueos de media hora, la cerradura y la caminata de puntas hasta su cuarto, no pueden dormir. Me pasa lo mismo, no puedo dormir. Cuando sepa

que Ximena está bien y en casa, será buen momento para pensar en suicidarme. Martínez me mantiene con ese objetivo claro.

¿A quién se le ocurrió invitarme? Yo ya había soñado esto. Agradece, dice Ximena, a su padre por toda una vida de sacrificios. No soy yo de quien habla, no puede ser. ¿Por qué sabría que estoy acá? En la televisión se ven todo el tiempo cosas así. Miro a mi alrededor buscando una cámara. Tal vez no pueda llorar de felicidad y eso arruine la toma. Sigue hablando, y pide al público que por favor aplaudan a su padre. Un hombre magnífico, dice.

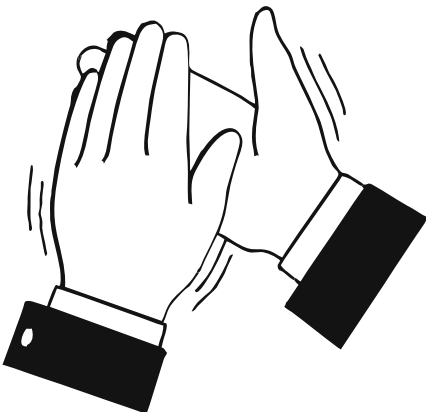
Siento que vendrán hacia mí miles de ojos, sólo que no vienen. Los aplausos y la atención van hacia otro lado. Lorena, Ximena apunta la mirada a un lugar en la octava fila. Alguien se levanta, los otros padres de los otros graduados aplauden generosos a un señor de pelo cano. Su saco es excelente, pienso y luego reconozco lo absurdo de pensar en ello. Ese hombre que se ha sacrificado no soy yo, pero lo conozco, lo conozco de otra vida. En algún momento él y yo éramos amigos. Fue hace mucho tiempo. Éramos niños. ¿Él es ahora el padre de Ximena?

Cuando termina la ceremonia, yo estoy de pie, a lado de la puerta. El hombre tiene que pasar junto a mí para llegar a la única salida. Parece no tener prisa por hacerlo. Yo no puedo moverme. No quiero moverme.

Cuando me interrogó Martínez, me preguntó por qué no detuve al secuestrador. Y no sé, no me pude mover.

—¿Recuerdas algún detalle?

—Cuándo salió, me dijo que me pudiera y se fue sonriendo.



EL CENTRO DE ACOPIO

Carlos Azar Manzur

Isaías Calibán era el maestro de español de la secundaria técnica *La Ginnopedia de Satie* de la colonia Ciudad alegre de Chimalhuacán. Llegó a esa escuela cuando el dueño y director de la misma, Gustavo Humberto Jarquín Topete, lo pudo contratar luego de ganar una demanda del nombre de la institución a una pulquería de la colonia y, con el dinero, decidió renovar la planta magisterial. El dinero era necesario, aunque también pretendía eliminar una suerte de rebelión sindical iniciada por los maestros anteriores. Con la nueva planta de maestros, un poco mejor pagada, las cosas podían tomar un curso más benévolo.

Calibán vivía en Tláhuac, en la calle Mar de las crisis de la colonia Ojo de agua, y era el inspector de control de calidad en una fábrica de clips cuando el director lo buscó. Egresado de la Facultad de psicología de la UNAM, nunca ejerció de manera profesional, pero por alguna razón atribuible al destino, sí lo hizo de manera práctica, ya que siempre fue esa persona que recibía las quejas de los demás. Incluso una vez, por equivocación, tomó una llamada que buscaba comunicarse con el Centro de Resucitación y Atención al Suicida (CRAS). A pesar de haber danzado por varios trabajos antes de encontrar su vocación como maestro en Chimalhuacán, en cada uno florecía dicha tendencia de departamento de quejas. Por eso, cuando fue reportero de nota roja (“así empiezan todos”, le dijo el editor en jefe) de un periódico de la delegación Tláhuac, el *Zafarrancho*, las familias de las víctimas lo ubicaban de manera natural para pedirle ayuda o sólo para contarle la desgracia, como si su licenciatura lo persiguiera. (En esa delegación lo conocí cuando coincidimos como jurado en el Certamen Señorita Independencia, Tláhuac 2012); tuvo que dejar su puesto de detective privado autonombado (como aquél del cuento de Hinojosa), cuando se involucró de tal manera en la solución del primer caso (adulterio), que el marido adúltero pensó que Calibán era el amante de su esposa adulterada y casi lo asesina. (Ernesto Sábato dijo que el Quijote moderno no enloquecía luego de leer novelas de caballería, sino de detectives, profesión actual para desfacer entuertos); al convertirse en el botones de un hotel de

paso y ante la inutilidad de su trabajo (porque nunca fue necesario que cargara maleta alguna), una fuerza ajena lo hacía apoyar la oreja en las puertas de los cuartos para oír las posibles quejas de los clientes. (En el recorte de personal perdió su trabajo, no por fisgón, sino por innecesario. Ahí conoció al futuro director de la escuela de Chimalhuacán, ya que éste fue la persona contratada para correrlo); lo bueno es que ya había encontrado un trabajo alterno en otra empresa: redactor de frases de tarjetas Hallmark, mensajes de galletas chinas o para el canario de la suerte (se dice que Woody Allen se dedicaba a eso cuando logró escribir el guion de *Bananas*). Pensó que ahí no lo buscarían para lamentarse, pero se equivocaba, los escritores siempre han sido un gremio quejica, y ahí, había muchos escritores desempleados (si el pleonasma es tolerable), que exigían sus regalías, su 10%, que preguntaban por el fracaso del sistema educativo, incapaz de crear lectores, que se cuestionaban acerca del plagio sin asesinato, si se habían ganado el derecho a usar ese lugar común o si a los demás les parecía que estos versos estaban muy influidos por Octavio Paz. Parecían preguntas importantes. Calibán supo entonces, que este trabajo estaría muy peleado, y encontró uno nuevo como inspector de calidad en una fábrica de agujeros para regadera, que tenía una vacante en su filial de clips.

Jarquín vio en Calibán la posibilidad de contratarlo porque, al correrlo, descubrió que había algo en él que podría serle útil: su licenciatura en psicología, su experiencia laboral y ese no sé qué indefinible que podría incidir en la población escolar de Ciudad alegre en Chimalhuacán. *La Gimnopedia de Satie* se situaba en la esquina de la avenida Arca de Noé y la calle Bobadilla 103, cerca de la cafetería Dulce adicción y del precolar León Tolstoi. Cuando lo supo, Calibán sintió que no era buena carta de presentación para una escuela ubicarse en Arca de Noé, ya que todos pensarían que la institución se dedicaría a salvar animales, pero dijo que sí. Había dado clase de matemáticas cuando estudiaba la prepa para alumnos atorados de secundaria y esa experiencia la recordaba con agrado y cierta nostalgia. Aceptó emocionado la invitación de Jarquín. Sin embargo, la única materia que Calibán podía impartir era la de español, ya que su licenciatura no le ofrecía mayor opción, pero como podía demostrar que se había dedicado al periodismo, español era la opción viable.

Jarquín le entregó los programas y le pidió que se actualizara. Gracias a esto, Calibán aprendió que la be de obscuro ya había desaparecido, que la lista de preposiciones ya no terminaba en “tras” sino en “vía”, que “ando y endo” no significaba caminar en el tiempo y que “ado, ido, to, so, cho” no era una cumbia. Supo que las mayúsculas sí se acentuaban y se sintió bien por ellas. Descubrió que las comas eran importantes (“La puerta giratoria del pensamiento” dijo Cortázar), ya que podían distinguir entre una madre amorosa y un caníbal, en la frase “Vamos a comer niños”, aunque seguía confundido en el uso del punto y coma. Finalmente, aprendió en un artículo publicado en una revista universitaria, que la educación se había modernizado y que ya se utilizaban herramientas nuevas como el proyector.

Preparó su primera clase a partir de este nuevo aprendizaje, pero la escuela no tenía un proyector. Llevó la televisión de su casa. Para entonces, ya no vivía en Tláhuac y se había mudado a unas cuadras de la escuela, en la calle Añejo de Bacardí, muy cerca de la calle Sor Juana Inés de la Cruz. Era conmovedor verlo meter la televisión a su pequeño coche negro, encima de los libros que vivían en el transporte, como biblioteca móvil, porque no podía ir cargando la televisión por la colonia. Llevaba, además, su mochila, algunos libros, una botella de coca cola light y un DVD. La primera vez que los alumnos lo vieron fue en la figura altiva de quien carga tantas cosas y si su nombre no era un pretexto suficiente para deformarlo hacia el apodo (Kalimán, Talibán, Calimocho), la imagen de verlo con la televisión le hizo ganarse el mote de *El centro de acopio*.

El apodo corrió por los pasillos como un rumor. Hubo quien se molestó, como siempre pasa con los apodos, pero Isaías era de aquellos que creían que los padres nombran a los hijos para que éstos no crean que se llaman “no” o “cállate”, pero que el verdadero nombre es el apodo, ése que flota encima de la cabeza y sólo baja cuando los que están cerca lo encuentran. De la misma forma que Óscar Pérez supo que era *El conejo* y que Carmen Salinas se había vuelto *La corcholata*, Calibán sería *El centro de acopio*.

Isaías no cejó en el empeño, cada día llevaba la televisión, los libros, la mochila, el DVD y la coca light. El centro de acopio atravesaba el patio sin encontrar resistencia, ante la mirada y los cuchicheos de la comunidad. Preparaba cada clase con sus

propias limitaciones, pero con esmero y si creía necesario llevar algún elemento nuevo, lo cargaba sin problema.

El año escolar corría sin mayores contratiempos (“los comunes”, dirían los directores de secundaria: robos de teléfonos celular, pero todavía no se había formado una banda dedicada a eso, como había sucedido en la escuela *La chilena de Hugo* de la zona; cierto consumo de drogas, pero ningún papá era el *dealer* encargado de repartirla, como había pasado en la escuela *O’Malley del arrabal*). Una vez Calibán descubrió que alguien había dejado un celular en su mochila y, cargó con todo, antes de llevarlo a la dirección por si alguien lo reclamaba.

Continuamente se topaba con *alumnos oblicuos*, esos que cargan toda su escolaridad en una sola mochila cuyo peso los hace pandearse ligeramente. El centro de acopio sintió que eso no estaba bien y comentó que no debían cargar tanto. Cuando supo que los papás mandaban a los alumnos así, a menudo tomaba las mochilas llenas y, como un cirineo de la educación, compartía el fardo diario de ir a la escuela.

Un día se cruzó con la maestra Enedina, una maestra de inglés que tenía una peculiaridad: nunca se le veía sin un plato de comida en la mano. Es más, un día resbaló cerca de la sala de maestros y por defender el mollete que cargaba, metió el codo y se lo rompió en seis pedazos. Acababa de volver a la escuela tras su lesión y el cabestrillo le impedía llevar con soltura los libros y la sincronizada. Isaías quiso ayudarla y Enedina le colgó los libros del hombro opuesto a la televisión y le agradeció que los llevara hasta el salón de inglés. Sin saberlo, Calibán había sentado un precedente.

En otro momento, Álex, un maestro de matemáticas que había jurado no bañarse hasta que el Tíbet fuera libre o que se lograra la independencia del Soconusco chiapaneco, lo que sucediera primero, le pidió si podía ayudarlo a llevar la regla de un metro, el compás gigante y el transportador, porque le dolía un brazo. Isaías se las arregló para acomodarlos cerca de su mochila y el DVD.

Otro día ayudó a Paulina, la otra maestra de español, a cargar el libro *Cómo tomar una universidad y no morir en el intento*. Lo ubicó cerca de la mochila. El problema fue que se cruzó con Jarquín que, al verlo con el libro, pensó que se gestaba una rebelión en su contra y que Calibán era el cabecilla.

En otra ocasión se topó con Clarita, la maestra de música y le ayudó a llevar el piano eléctrico porque debía, Clarita le dijo, escribir una carta. Quiso dejar la televisión para cargar el piano, pero desconfió de las miradas que lo acosaban y se las arregló para llevar todo.

Pero un día todos necesitaron de su ayuda. Isaías Calibán cargó televisión, libros, mochila, DVD, el pastel de zanahoria de Enedina, el compás de Álex, el libro *Cómo abusar de todos* de Paulina y el piano y las partituras de Clarita y no pudo moverse más. Se quedó a mitad del patio cargando todo.

El centro de acopio permaneció un rato así, en el centro del patio, en un frágil equilibrio. Los alumnos lo rodeaban sin tocarlo, los maestros ni siquiera lo veían y los prefectos estaban muy ocupados regañando alumnos para percatarse de él. Calibán luchaba para no perder las cosas, sin quejarse de su situación precaria.

Pasó un cuarto de hora sin poder moverse. Nadie se hubiera dado cuenta que se había convertido en una estatua, a no ser porque el grupo que le correspondía ya había organizado un zafarrancho, la batalla campal de bolitas de unicel y revistas pornográficas, que llegó hasta el prefecto, quien se comunicó con la secretaria del grado correspondiente en la dirección y así, hasta que la noticia llegó a los oídos de Jarquín. Enfurecido, el director salió de la oficina y, ahora sí, supo que el problema era Isaías Calibán, anclado en la explanada. Fue hasta el profesor y le recriminó que fuera a clase a cumplir con sus obligaciones, que para eso le pagaban, pero *El centro de acopio* no se pudo mover. Jarquín lo amenazó con correrlo, le dijo que sería acusado ante las autoridades educativas, que asentaría este desacato en su expediente, más ahora que sabía que se había convertido en el cabecilla de una rebelión. Pero el equilibrio precario en el que había caído Calibán no le permitió ir. Jarquín gritó, lo amenazó de acusarlo de robo, sacó espuma por la boca, pero nada. Todo terminó cuando el director utilizó su frase favorita con la que iniciaba todas las juntas académicas “Todos los maestros son iguales”.

No hubo manera de moverlo de ahí, como si estuviera parado sobre una mina explosiva ante el riesgo de estallar. Se convocó a junta, se formaron diversas comisiones, hubo marchas, se nombró un fiscal especial para saber qué hacer con *El centro de acopio*, pero no hubo buenas ideas ni el presupuesto fue suficiente para quitarlo de ahí. La lluvia, el frío, la sequía y el calor no bastaron para

quitar a Calibán. Hubo quien planteó la idea de poner una velaria, de hacer una jardinera alrededor, de utilizarlo como poste para señal telefónica o de quiosco para crear un audiorama, sobre todo, aprovechando el piano eléctrico que seguía sobre Calibán. Hubo un grupo fundamentalista que propuso convertirlo en un monumento al magisterio maltratado por las ideas neoliberales, pero ninguna idea prosperó, sólo Timothy, un inglés que había llegado para hacer prácticas pedagógicas pensó que Isaías esperaba algo y se formó atrás de él, para hacer cola.

El cambio dejó de ser un cambio. *La Gimnopedia de Satie* pronto aprendió a vivir con El centro de acopio en la mitad del patio central, como quien se acostumbra a no chocar con un árbol y lo utiliza para instalar un columpio, de poste para portería futbolística o tendedero para ropa sucia. Isaías Calibán sigue cargando las cosas en equilibrio, sólo que ahora, ya ha dejado de importar.



ENTREVISTA

Cecilia Durán Mena

Una plática con Susana Corcuera



P.E. ¿Quién es Susana Corcuera?

S.C. Aquí no sé muy bien qué hacer... Soy Susana Corcuera. Nací en la Ciudad de México en 1964. Estudié Etnohistoria en la ENAH. He impartido talleres de Creación Literaria, he sido traductora y he colaborado en varias revistas y periódicos, así como para el programa de radio de RTVE “Sexto continente.” Tengo obra publicada: “Llegó oscura la mañana”, novela finalista del Premio Azorín Planeta y traducida al inglés; “Memoria de las manos”, novela finalista del Premio Planeta Casamérica; los libros de cuentos “El huésped silencioso... y otras historias” y “A machetazos”, ganador del Premio Internacional Vivencia de Relato. En coautoría con Gabriela Gorches escribí el libro para niños “José María Velasco: entre la ciencia y el arte”. Mi novela más reciente, “Como si no existieras”, fue publicada este año por Penguin, Random House.

Te cuento algo más personal, además de escritora, me dedico a la agricultura. La naturaleza y la literatura son las dos actividades que más me gustan.

P.E. ¿Cuál es tu principal motivación para escribir?

S.C. De niña tuve la suerte de que mis papás y mis hermanos mayores me dieran libros de acuerdo a mi edad. Desde entonces, tener un libro en las manos era el anticipo de pasar unos días emocionantes en un mundo creado por otra persona. Además de esto, en el pueblo donde pasábamos largas temporadas la gente solía contarme historias que me entretenían muchísimo. Así que un día decidí que quería transmitir las a mi manera. Esa sigue siendo mi mayor motivación, lograr en algún momento crear un universo para que un lector entre en él como yo llego a vivir en los de otro escritor.

P.E. ¿Cuáles son los temas de interés sobre los que escribes?

En los cuentos, en general, escribo historias de gente de campo. Muchos de ellos se basan en relatos que me contaron de primera mano y hablan de la complejidad del ser humano, de cómo una misma persona puede ser al mismo tiempo un asesino y el mejor abuelo, por ejemplo. En las novelas, me he dado cuenta de que a menudo toco el tema de lo distintas que son nuestras percepciones, incluso entre hermanos que han vivido en los mismos entornos. La que se acaba de publicar, Como si no existieras, se enfoca en la idea de cómo manipulamos los recuerdos cuando somos incapaces de enfrentar algún acontecimiento del pasado.

P.E. ¿Has tenido que sacrificar algo para escribir?

S.C. Quizá porque nunca he tenido una rutina para escribir en la que me sienta atrapada, no siento que haya tenido que sacrificar nada para hacerlo.

P.E. ¿Tienes algún ritual para convocar a las musas?

S.C. Dar vueltas por la casa, hervir agua para hacer té... cualquier cosa que me aleje de la página en blanco antes de decidirme a empezar.

P.E. ¿Cómo fue que empezaste en la escritura?

S.C. En el colegio pasaba horas imaginándome historias para

no aburrirme en algunas clases. Después se las contaba a mi hermana y un día empecé a ponerlas en papel.

P.E. ¿Has encontrado apoyo para seguir tu vocación?

S.C. Sí, siempre.

P.E. ¿Cuál fue tu primer proyecto creativo, cómo fue que lo creaste, qué te inspiró?

S.C. Se llamó Los problemas de un lirón y se trataba de un lironcito con insomnio. Me inspiré en un dibujo de un lirón dormido colgado de la cola en la rama de un árbol. Son unos animales muy peculiares. Era un cuento con muchos dibujos.

P.E. ¿Tienes alguna anécdota que nos puedas contar?

S.C. Tengo una que creo que me hizo convertirme en escritora: la casa donde pasábamos parte del año mi familia y yo estaba junto a un ingenio y mi cuarto daba al patio donde descargaban la caña, así que oía las conversaciones de los trabajadores. Una noche, escuché a dos de ellos hablando de un recién nacido que habían encontrado en el antiguo chacuaco de lo que fue el trapiche. Decían que era necesario hacer turnos para cuidarlo. Cuando se lo conté a mi papá, no me creyó. Según él, de ser cierto, lo hubieran llevado con una mujer para que se hiciera cargo de él. La realidad es que los obreros lo sacaron adelante solos, pero para que mi papá me creyera tuve que inventarle una mentira. Así fue como descubrí el concepto de verosimilitud, indispensable para crear una historia que convenza al lector. En la ficción, muchas veces la verdad no es verosímil, hay que manipularla para que lo sea.

P.E. Háblanos de tu estilo en particular, ¿cómo llegaste a él?

S.C. No sé si tengo un estilo muy particular... me gustaría, pero no sé, es difícil juzgarse a uno mismo de manera objetiva.

P.E. Hablando del futuro, ¿tienes algo en mente?

S.C. Estoy empezando una nueva novela. La idea surgió de una

escena que vi en Toulouse. Viví ahí una temporada y todos los días, al caminar cerca del río para tomar el tranvía, pasaba junto a un vagabundo muy joven, con unos ojos preciosos que llamaban la atención. A diferencia de otros, que me daban un poco de miedo, él era amable y me saludaba con una sonrisa. Quiero escribir su historia y la escena que tuve la suerte de presenciar con él.

P.E. ¿Cuál sería tu libro ideal para escribir?

Una novela con personajes bien dibujados, complejos, con una atmósfera capaz de hacerte olvidar que existe otro mundo que no sea el que estás leyendo y con una trama que se quede contigo mucho después de que hayas cerrado el libro.

P.E. ¿Cuántos libros has publicado? ¿De qué van?

S.C. Además del que acaba de salir a la venta, he publicado dos novelas y dos libros de cuentos. La primera novela se llama *Llegó oscura la mañana* y, a grandes rasgos, es la historia de una mujer, por un lado, llena de vida y con una enorme capacidad de empatía y, por el otro, con tendencias a encerrarse en sí misma y a sufrir enormemente. No es una mujer bipolar, sino con una sensibilidad fuera de lo común. La novela empieza cuando sus hijos son niños y sigue cuando, ya de adultos, tratan de entender su vida con ella y sus abandonos. Son tres hombres con tres puntos de vista opuestos. La segunda, *Memoria de las manos*, se trata de una joven que se siente atrapada en un pequeño pueblo de algún país que podría ubicarse en Europa del Este. Cuando llega al pueblo un pianista a refugiarse para componer, pierde la cabeza y, en lugar de confiar en ella misma y en su poder de seducción, hace una locura para retenerlo. El planteamiento de fondo es si debe confesarlo o si es mejor para él vivir sin saber lo que sucedió y que ella se guarde la culpa, por más que quiera liberarse contando lo que hizo. En cuanto a los cuentos, además de los que tratan de gente que me ha contado su vida para que la escriba, también hay otros más

fantasiosos, algunos con ambientes oníricos. Estos libros son *El huésped silencioso...* y otras historias y *A machetazos*.

P.E. ¿De qué se trata tu último libro?

S.C. La trama se desarrolla a lo largo de un verano en una hacienda que subsiste gracias a un ingenio azucarero. Catalina pasa los días en el ambiente perezoso del trópico. Lo único que sacude su tranquilidad son los sueños y algunos recuerdos de su infancia. Hasta que aparece Joaquín, un forastero cuya presencia transforma la tranquilidad de sus días en desasosiego y pone en riesgo cada constante en su vida: su matrimonio, la relación con su hermana -a quien adora-, su papel de madre, incluso el futuro de la hacienda. Una pregunta de Joaquín basta para sacar a la superficie los peores recuerdos de su infancia y para que Catalina ya no pueda seguir engañándose.

P.E. ¿Cuánto tiempo tardaste en escribirlo?

S.C. Soy lenta. Dos o tres años.

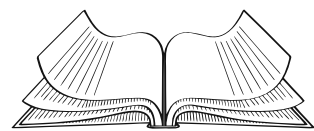
P.E. ¿Cómo fue el proceso de escribir este libro?

S.C. Una vez que pude armar el inicio, menos complicado que el de los otros porque tenía la idea muy clara y ninguno de los personajes secundarios insistía en volverse protagonista, algo que suele sucederme.

P.E. ¿Cuál es la emoción regente que podemos encontrar en tus libros?

S.C. Esta respuesta me la darán quienes los lean. Ya ves lo que pasa cuando escribes. Una vez que el libro sale a la luz, deja de ser tuyo y cada quien lo interpreta y lo siente a su manera.

P.E. Susana, muchas gracias y mucho éxito.



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

**Pon en marcha tu capacidad de comprensión
y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje
y el placer.**

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

**Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias
para impulsar y fomentar tu creatividad.**

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

**Aborda las diferentes corrientes y conoce
los elementos estéticos que te ayudarán a
apreciar cada expresión artística.**

**Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org**

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de edición y arbitraje:

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas:

Daniel Moreno Cruz.

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
IMPRECEN, S.A. DE C.V

Fotografía de portada

Daniela Fischer Durán
Curiosité

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad
de quien los firma.



Pretextos literarios por escrito
es una revista bimestral. Número trece. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3000 ejemplares.
Circulación Abril-Mayo 2018

Ultimátum

“El mundo se enrollaba sobre sí mismo: la tierra repetía el cielo, los rostros se reflejaban en las estrellas y la hierba ocultaba en sus tallos los secretos que servían al hombre. La pintura imitaba al espacio. Y la representación —ya fuera fiesta o saber— se daba como repetición: teatro de la vida o espejo del mundo, he ahí el título de cualquier lenguaje, su manera de anunciarse y de formular su derecho a hablar.

Es necesario que nos detengamos un poco en ese momento del tiempo en el que la semejanza va a desligarse de su pertenencia al saber y desaparecerá, cuando menos en parte, del horizonte del conocimiento.”

La prosa del mundo
Las palabras y las cosas
Michel Foucault